

neurofisiología contemporánea parece, por los sistemas funcionales y los circuitos de reverberación que descubre, permitirnos ajustar mejor la imagen de una organización dinámica del cerebro, a la de una organización dinámica de la conciencia. No es cuestión de situar las funciones psíquicas al nivel pontifical de un Highest Level que "La Santa Sede" entronizaría en la corteza. Si el campo de la conciencia ocupa una posición central del ser psíquico, debe tener alguna relación con la organización central del cerebro. Ya no tenemos entonces las razones o prejuicios que han impedido a tantos neurólogos y psiquiatras seguir las intuiciones de Camus, Martín Reichardt, de P. Guiraud, Kleist, de Lhermitte o de Koppers o las enseñanzas que nos había prodigado, en su época, la encefalitis epidémica. Parece evidente que el tronco cerebral (y hasta su extremidad rostral bulbar) juega un papel de activación en el despertar, es decir, en la constitución misma del mundo de la percepción exterior como organización originaria de la conciencia. Esto debe ser admitido desde los estudios de Magoun y de Moruzzi, y ha sido verificado en innumerables trabajos, desde entonces. Tengamos en cuenta que Flehsig había claramente indicado la importancia del "talamencéfalo" y de la formación reticulada en la constitución de la conciencia. Y, en efecto, el tálamo (cuyo papel ha sido demasiado sistemáticamente descuidado en provecho de los centros de proyección y de asociación corticales) podría quizá constituir un amplio sistema de elaboración y de construcción del espacio vivido, y de la distribución de la experiencia en sus relaciones con el cuerpo. En fin, el rinencéfalo o más exactamente el sistema límbico, al parecer ligado a los movimientos internos de las emociones y de los instintos, podría representar otro amplio sistema que juegue un papel esencial en la temporalización del campo de la conciencia, es decir, de la integración de lo "vivido" en la dinámica de las motivaciones; ya que la temporalidad interna que es la ley de organización de la conciencia coincide con los movimientos de las pulsiones, de las emociones y de los instintos.

Todo esto es ciertamente muy vago y lleno de conjeturas; pero muchos hechos experimentales, estudios de etología animal y observaciones psicopatológicas, empiezan a agruparse para hacernos entrever que cuando, en el sueño y los estados análogos, la actividad cortical pierde sus capacidades de alta diferenciación, la vida psíquica no está abolida; cae en el "viejo cerebro" y en las modalidades fantasmas de sus experiencias privadas, es decir, más o menos en la irrealidad y en el ensueño. O también en esas formas de enfermedades mentales, caracterizadas por la desestructuración del campo de la conciencia, cae el sujeto más o menos en la inconsciencia, pero no en una pura nada, sino más bien en lo que es todavía una vida animada por el inconsciente.

Quizás podemos entrever por esta última reflexión, que las concepciones teóricas de Jackson, de Pierre Janet, de Freud, de Monakov y Morge, de Goldstein y de Magoun convergen, esperando (como lo escribió Paul Guiraud) "encontrarse en las profundidades", en la profundidad del cerebro como en la profundidad del ser psíquico.

LA SONRISA DEL NIÑO Y EL PROBLEMA DE LA COMPRENSIÓN DEL "OTRO" *

Kurt Goldstein

LA PRIMERA sonrisa del niño ha despertado un interés particular, y no solamente porque sea el fenómeno más bello de la infancia. Se convirtió en objeto de investigación científica, porque parecía representar el primer contacto del niño con otro ser humano y ser indicado, por tanto, para aclarar el problema tan complejo de la comprensión mutua.

Su aparición se ha saludado siempre como un feliz acontecimiento, prometedora de una vida feliz para el niño. En relación con este acontecimiento, quisiera referirme a su descripción, con frecuencia celebrada en ocasión de alguna festividad familiar, por el poeta romano Virgilio, en los versos 60 a 63 de su *Égloga IV*.¹ El poeta habla de él con profecías para el futuro del niño, y exclama: "El que no le sonrío a la madre jamás será honrado por los Dioses para sentarse a su mesa ni por Diosa alguna para acostarse con ella." Y luego, dirigiéndose al niño: "Empieza, pequeño, a dar la bienvenida a tu madre sonriéndole, tú, quien por espacio de nueve meses tantas molestias le has causado; empieza, pequeño."

Si queremos comprender el fenómeno de la sonrisa del niño, hemos de percatarnos de que no todo lo que se considera como sonrisa en el niño es realmente tal. Otros movimientos que se observan en la cara del niño y se han designado a menudo como sonrisas difieren esencialmente de ésta. Son más difusos y no se relacionan de modo tan característico con determinadas partes de la cara, como son los ojos, la nariz y la boca; son irregulares e incoordinados.

Por otra parte, la sonrisa ha de distinguirse de la risa, que no aparece en la infancia. Reír es una reacción mucho más fuerte; es un movimiento explosivo, producto de un placer vehemente, una explosión de grande excitación; acompaña un sentimiento similar al que se experimenta en la relajación pasiva, absoluta; no se relaciona solamente con la cara, sino que consiste a menudo, más o menos, en movimientos incoordinados del cuerpo entero. Al reír, el individuo se rinde en cierto modo al mundo exterior, sin

* Kurt Goldstein, uno de los pensadores más originales e importantes en el campo de la neurología, la psiquiatría y la biología, falleció el año pasado. Fue no sólo un gran pensador, sino además, como bien saben todos los que tuvieron el privilegio de conocerle, un gran hombre y un gran humanista.

Celebramos haber obtenido la autorización de su hija, la Sra. Elsa Haudek, y de *The Journal Press*, para dar a conocer a nuestros lectores un artículo escrito por Kurt Goldstein, publicado por primera vez en 1957, en *The Journal of Psychology*. Hemos escogido este artículo, entre muchos otros, a causa de nuestro interés por el tema, a causa de la forma en que el autor lo trata, y también porque la Sra. Haudek nos escribió que su padre lo tenía en gran estima y le concedía mucha importancia.

¹ Véase también la interpretación de los versos por Nordon (12).



verdadero interés en él e inclusive sin relación alguna con él; es una especie de fuerte relajamiento (8, 3).

A partir de la impresión general de la sonrisa del niño, podríamos estar inclinados a suponer que el estímulo que la provoca y las experiencias del niño durante la sonrisa corresponden al fenómeno de la sonrisa en el adulto. Pero, ¿se trata en realidad de los mismos fenómenos? ¿No pasamos por alto algunas diferencias características? Conscientes de la diferencia entre la estructura de la personalidad del niño y la del adulto, ¿no sería más acertado suponer que nos encontramos, pese a ciertas semejanzas, con fenómenos esencialmente diferentes? Para los fines de una apreciación más adecuada de las semejanzas y las diferencias entre la sonrisa del niño y la del adulto resultará útil describir primero la de éste. En nuestra descripción seguimos especialmente a Buytendijk (3), a quien debemos mucho por haber esclarecido el fenómeno de la sonrisa en general.

Los movimientos expresivos en la sonrisa afectan esencialmente la cara. Son suaves, ocurren lentamente y están bien coordinados. La cara produce la impresión de satisfacción y serenidad, acompañada de una pequeña tensión, como ante la perspectiva de algo agradable. Como dice Buytendijk, expresa el sentimiento de encontrar a un amigo, anticipando las posibilidades agradables que el encuentro contiene a guisa de promesa. Es algo parecido a la íntima felicidad que experimentamos cuando estamos a la espera de un grato mensaje que no ha llegado aún. Pero expresa al propio tiempo cierta inseguridad, cierto temor de que nuestra esperanza tal vez no se cumpla. En la expansión de la cara y el abrir de los ojos muestra el carácter "sonriente" del encuentro, y en los labios cerrados la reserva y la entrega algo disimulada a lo que el encuentro contiene como posibilidad. La causa de la felicidad parece ser la experiencia de una vinculación amistosa entre mí y algún otro ser humano, lo que produce una fuente arrolladora de alegría.

Si bien no cabe duda que la sonrisa ocurre con frecuencia en la infancia normal, existe, sin embargo, cierta divergencia de opinión en cuanto al tiempo en que hace su aparición primera. Charlotte Buehler (2) la observó al décimo día, Spitz y Wolf (13) en el octavo, y otros algo más tarde. Spitz indica que no parece haber razón alguna contraria a la posibilidad de sonreír inmediatamente después del nacimiento. Es posible que sea así. Pero no estoy de acuerdo con estos autores cuando consideran la sonrisa como emparentada con otros movimientos expresivos que se observan en el bebé, como mirar con ceño, abrir y cerrar la boca, sacar la lengua, distorsiones de la cara, movimientos irregulares de los brazos, piernas y el tronco, etc. Hay que distinguir la sonrisa, de estos movimientos. Parece inclusive dudoso que éstos sean siquiera movimientos expresivos. Ocurren indistintamente en respuesta a estímulos diversos, en tanto que los movimientos expresivos auténticos se relacionan con configuraciones de estímulo perfectamente definidas. Desaparecen, además, después de los primeros meses, en tanto que normalmente la sonrisa se acrecienta.

Alrededor del tercer mes, la sonrisa puede provocarse por una configuración de estímulo perfectamente definida, y sólo por ésta, lo que revela una diferencia respecto de otros movimientos expresivos que ocurren; esto es, cuando se experimenta alegría o como reacción al alimento, a juguetes, etcétera.

Se ha dicho que la sonrisa se basa en la anticipación de la satisfacción de una necesidad especial (véase Gessell, 4). Si bien la anticipación puede ser importante para explicar la sonrisa en el adulto, no puede suponerse en el caso de la sonrisa del niño, que se encuentra en la fase de desarrollo, en que la actitud de anticipación no existe todavía.

Por la misma razón hemos de rechazar la hipótesis de que se basa en la imitación. A esta edad, el niño no es capaz de imitar nada. Y el hecho de que el niño sonría espontáneamente habla asimismo en contra de la teoría de la imitación.

Kaila (11) ha sostenido que la estimulación específica de la sonrisa consiste en la presentación de los dos ojos, de la nariz y la frente, en una posición *en face*, acompañada de movimientos en la cara, como los de hablar o mover la cabeza. La configuración de estímulo ha de ser perfectamente definida, toda vez que el poner la cabeza de perfil interrumpe la sonrisa en el acto. Sin los movimientos concomitantes, el aspecto mencionado del rostro no produce la sonrisa. Por otra parte, tal parece que mediante la estimulación definida la reacción se produce como reflejo. A partir de esta clase de configuración de estímulo, podríamos inclinarnos a suponer que el estímulo ha de presentar el rostro de un ser humano viviente que trata de entrar en contacto con el bebé mediante un movimiento de la cabeza. Si con esto se quisiera decir que la sonrisa del niño refleja la expresión amistosa del adulto sonriente, tal interpretación estaría en desacuerdo con las observaciones que revelan que el individuo en quien se provoca la sonrisa no necesita tener el sentimiento que corresponde normalmente a la sonrisa. Semejante relación entre el adulto y el niño por lo que respecta a la sonrisa se hizo particularmente dudosa después que se hubieron efectuado por R. A. Spitz y Kathe Wolf (13) nuevos estudios experimentales. Estos experimentos revelaron que la sonrisa podía ser provocada por un rostro humano fuertemente distorsionado; y lo que es más, que la presentación de un muñeco de tamaño natural podía producir el mismo efecto. Tiene lugar solamente si se conserva cierta "Gestalt" característica, esto es, si el estímulo consiste en una máscara parecida a una cara, con dos formas que simulen "ojos", y si el muñeco es movido como una cabeza que se mueve.

No está completamente claro cómo el niño experimenta la máscara o el muñeco y si la experiencia difiere realmente de la reacción al rostro humano. El hecho de que a nosotros nos parezca diferente no significa que deba serlo también para el niño. Me parece más preciso decir que la sonrisa del niño es *producida por una configuración de estímulo definida*, que decir que es producida por otra persona. ¿Qué clase de relación entre el estímulo y la reacción debemos suponer que existe? Creo que podemos considerar la sonrisa en esta fase como basada en una clase de mecanismo innato, al igual que otras reacciones regulares a estímulos que observamos a esta edad y que se desarrollan sobre la base de mecanismos innatos (5). Sin duda, este supuesto no explica por qué la sonrisa ocurre "espontáneamente" ni, tampoco, por qué la provoca especialmente el rostro de un ser humano.

Veremos más adelante que podemos comprender estos y otros fenómenos si consideramos la sonrisa desde un punto de vista biológico más amplio. En este estudio, hemos encontrado útil partir del supuesto que *la reacción de sonrisa del*



niño va acompañada de sentimientos agradables de carácter similar a los del adulto que sonríe. En este punto surgen dos preguntas: ¿Qué es lo que produce el sentimiento placentero en el niño y qué clase de relación con el mundo exterior representa este sentimiento?

Si consideramos la acción motora en la sonrisa del niño, podemos decir que es un *comportamiento ordenado* del organismo en conexión con un estímulo definido. Sabemos, sobre la base de otras experiencias, que *el comportamiento ordenado es una expresión de la adecuación entre las demandas del estímulo y la capacidad del organismo*.

Podría demostrar que semejante adecuación puede darse en el individuo sin la experiencia de un “ego” o de un “mundo exterior”. Corresponde a una unidad objetiva entre el organismo y el “mundo”. Semejante adecuación existe cuando la sonrisa ocurre acompañada de una *experiencia interior definida en el niño (una sensación de bienestar)*. Podría decirse que *la primera sonrisa del niño pertenece a una relación objetiva, adecuada, entre el organismo infantil y el mundo*, especialmente el mundo en cuanto está representado por la cara de la madre, que halla su expresión en el *movimiento de la sonrisa y la sensación de bienestar que se experimenta en todas las condiciones de adecuación*.

Toda vez que la sonrisa puede ser una expresión de adecuación, no se relaciona con un objeto específico. Se comprende, en consecuencia, que pueda aparecer en relación con acontecimientos objetivos diversos, como, por ejemplo, cuando el niño está saciado, cuando está a una temperatura “adecuada”, cuando se está durmiendo, esto es, *en todas aquellas situaciones que tienen un común denominador: el de que el bebé está en una relación adecuada con el medio ambiente*.

Resulta indicado, en este punto, referirnos a otro fenómeno que es el efecto de tal relación objetiva entre el organismo y el mundo exterior; fenómeno en que un movimiento expresivo combinado con una experiencia definida ocurre sin que el individuo tenga conciencia de sí mismo, de un mundo exterior definido y de una relación entre los dos. Este fenómeno es la *ansiedad*, la cual, según podríamos mostrar, presupone la existencia de una relación de esta clase, sin que el individuo se dé cuenta de ella (5). En efecto, en tal situación, la relación produce una reacción distorsionada inadecuada: el fenómeno que designamos como “estado catastrófico”. Esto ocurre en situaciones en que el organismo no es capaz de hacer frente a las demandas del mundo exterior *en forma adecuada*. Podría mostrarse que en este estado el individuo *no está consciente* de la situación del mundo exterior que produce ansiedad ni del desorden objetivo de comportamiento al que pertenece la experiencia de ansiedad. Para repetirlo: *en ambos fenómenos, en la ansiedad y la sonrisa, el mundo exterior no se experimenta como tal, ni el individuo se experimenta a sí mismo como algo separado de un “mundo”*.

En relación con nuestro concepto de que la primera sonrisa es una expresión de adecuación, no trato de reducir en modo alguno el papel que juega la madre en el desarrollo de la sonrisa temprana. Este concepto hace muy comprensible que la sonrisa, inclusive si no es el efecto *directo* de la estimulación por el rostro de la madre, se exteriorice con tanta facilidad en conexión con ella.

No existe, casi, otra cosa tan apta para *producir un estado de adecuación en el niño como el comportamiento adecuado de una madre cariñosa*.

Hay un punto, en nuestra caracterización de la sonrisa del niño, que requiere particular atención: la experiencia de bienestar relacionada con la sonrisa. Se presenta como concomitante a la adaptación adecuada al mundo exterior. Alguien se preguntará, tal vez, por qué atribuimos a la adecuación tanta importancia para la vida orgánica. Creo yo que la razón está en que es el supuesto previo de la autorrealización. En mi concepto teórico del comportamiento del organismo, la tendencia hacia la autorrealización representa el impulso básico de toda la actividad del organismo, y el sentimiento de bienestar no es más que una expresión de la “existencia” del organismo. No puedo entrar aquí en los detalles de este concepto. No obstante, a fin de evitar interpretaciones erróneas, quisiera decir lo siguiente:

La “autorrealización” no significa otra cosa que *la realización de todas las capacidades del organismo en forma armónica, de modo que su “existencia” esté garantizada*. De hecho, el término conviene plenamente al organismo humano sólo después del desarrollo del “yo”. Si nos servimos del mismo en relación con el niño, que no tiene todavía un “yo”, o con animales, en los que ni siquiera cabe hablar de un “yo”, lo hacemos porque el sentido esencial del término es referido al carácter unitario de lo que llamamos un ser animado, el cual se manifiesta, en el ser humano, en la experiencia del “yo” (5). Con objeto de evitar interpretaciones erróneas, me serviré del término *realización de la naturaleza particular*, en lugar del de autorrealización, mientras no tratemos de seres humanos adultos. Esta tendencia hacia la autorrealización no se refiere únicamente a las capacidades ya desarrolladas. *Es efectiva, asimismo, en el proceso de crecimiento*, de maduración y de aprendizaje. La sonrisa no es más que una de las expresiones del organismo en la realización de su naturaleza, cual corresponde a esta fase de su desarrollo. No es, sin embargo, la única expresión. Otras formas aparecen en las reacciones “primitivas”, mediante las cuales resulta garantizada, en esta fase, la existencia, es decir, el desarrollo. Por virtud de nuestra explicación, la sonrisa adquiere un valor paradigmático en relación con la comprensión del comportamiento humano.

La primera sonrisa corresponde al estado inmaduro del desarrollo del niño. En cuanto expresión de la adecuación entre el niño y las circunstancias externas, puede ocurrir en diversos momentos, en correspondencia con la forma en que las circunstancias son más o menos conducentes a producir adecuación. Partiendo de nuestro supuesto resulta además comprensible que la falta de la sonrisa esté acompañada de alguna falla en el desarrollo general del niño. Mencionamos anteriormente que el antiguo poeta, Virgilio, consideraba que auguraba algo malo el que el niño no sonriera. Muchos autores han señalado la relación entre la falta de la sonrisa y el trastorno en el desarrollo debido a condiciones externas desafortunadas. Como resultado de observaciones minuciosas, Spitz y Wolf han subrayado este aspecto particularmente. La falta de la sonrisa podrá ser expresión de un retraso mental congénito en general, que impide la relación adecuada del niño con los acontecimientos del mundo exterior, o podrá deberse a anomalías en el mundo exterior, a las que el niño no



puede adaptarse de modo adecuado, como, por ejemplo, el comportamiento erróneo de la madre o de las personas que lo atienden.

En cuanto *movimiento expresivo*, tiene con la vida del organismo una relación algo distinta de la de otras reacciones adecuadas. Estas últimas ponen al niño en conexión con el mundo exterior de tal modo que puede actualizar todas sus capacidades y desarrollarse él mismo, realizando en esta forma, cada vez en mayor grado, *su propio mundo*. Los movimientos expresivos son particularmente importantes desde el punto de vista de *la relación entre él mismo y otras personas*. El que nos esté permitido o no diferenciar tan estrictamente las actividades expresivas, de las otras, como se ha hecho a menudo, es algo cuestionable. Ambos fenómenos se presentan más adelante íntimamente relacionados. He tratado de mostrar en otra ocasión (6) que las *emociones* no se pueden comprender como fenómenos separados, sino que pertenecen a estados definidos del organismo conjunto. La observación de que ambas formas de reacción, tal como se manifiestan en la infancia, se basan en la misma estructura nos permite suponer que el *sentimiento de bienestar* es característico no sólo de la sonrisa, sino que está *también presente en todas las demás actividades adecuadas*. Esto es lo que sugieren también los sentimientos característicos que experimentamos en el llamado comportamiento "preferido" (5), el cual continúa en forma de adecuación y se relaciona íntimamente con la autorrealización. De acuerdo con nuestra interpretación de la sonrisa del niño, ha de considerarse como una expresión del estado *presente* del organismo, del mismo modo que he explicado, en otra ocasión (5), el fenómeno de la ansiedad. Acontecimientos anteriores podrán influir el funcionamiento del organismo y modificar en consecuencia la ocurrencia de la adecuación en situaciones posteriores. *La sonrisa, en cambio, es siempre el resultado de la adaptación presente del organismo*. La forma de reacción que fundamenta la sonrisa anterior y la presente es la misma. Su aparición sólo puede comprenderse considerando *esta forma de reacción*.

Si, partiendo de nuestros resultados relativos a la naturaleza de la primera sonrisa, consideramos la sonrisa en la *segunda etapa* del desarrollo que empieza en la segunda mitad del primer año, veremos que, en algunos aspectos, revela iguales fenómenos y, en otros, diferencias características respecto de la primera sonrisa. Ya no es tan dependiente de la exactitud de la configuración de estímulo antes mencionada. Ya no es tan estereotipada y rígida. Ya no puede provocarla toda persona que sonríe. El niño responde sonriendo a algunas personas, en tanto que a otras no. Podrá inclusive reaccionar a su sonrisa con una expresión de ansiedad y repulsa. Ya no es una reacción pasiva forzada, sino que consiste en un proceso más selectivo. También la sonrisa del adulto es algo pasiva. Nos vemos inducidos a sonreír por un estímulo adecuado, pero no estamos obligados a hacerlo, y podemos inclusive interrumpir la sonrisa. Por otra parte, podemos seguir sonriendo después de haber desaparecido la condición que nos provocó a hacerlo. Podemos sonreír cuando simplemente imaginamos una situación en la que la sonrisa podría producirse.

La sonrisa del niño va adquiriendo, cada vez más, todas las características de la del adulto en el encuentro con otra persona. A este respecto es interesante que la sonrisa del niño en la segunda etapa no ocurre tan inmediatamente como

antes. Está, por así decir, en vía de formación. El niño manifiesta con frecuencia vacilación, duda e inclusive cierto miedo. Tal parece como si en su interpretación del sentimiento de la persona que sonríe experimentara un sentimiento de decepción. Parece como si para responder sonriendo se necesitara cierto valor. Se halla presente la influencia de la espera, *el efecto de la categoría de "posibilidad"*, que es una expresión sumamente característica de la "actitud abstracta" (5).

Mientras en la *primera etapa* de desarrollo la adecuación y el bienestar están presentes en la unidad con el mundo, sin experiencia alguna por parte del niño de cualquier relación con alguien, con cualquier "mundo", en la *segunda etapa*, en cambio, la unidad ocurre con la experiencia consciente de *otra persona* y de objetos separados del niño. Todas las características antes mencionadas de la sonrisa en la segunda etapa de desarrollo pueden comprenderse como expresión de un *cambio en el comportamiento del niño en general*, debido al desarrollo de la actitud abstracta en dicha etapa, que cambia la sonrisa del niño en la misma forma que cambia todas sus demás actividades. Revela el carácter selectivo tan característico del comportamiento determinado por la actitud abstracta.

Después de haber visto que la sonrisa se relaciona con la adecuación del organismo con respecto al mundo exterior al que ha de enfrentarse y, además, que la sonrisa en la segunda etapa revela, pese a la igualdad del "mecanismo" y el sentimiento subyacentes, diferencias características respecto de la primera etapa, nos encontramos con el siguiente problema: ¿Cómo ocurre este cambio del fenómeno de la primera a la segunda etapa?

Según mi concepto general de la biología (5), no cabe duda de que sólo podemos emprender con éxito la resolución de este problema si consideramos el fenómeno de la sonrisa en relación con el cambio del niño *en general* en esta etapa de desarrollo. Considerando el desarrollo desde este punto de vista, deberíamos percatarnos de que el niño se encuentra ya en el *segundo periodo* de su vida. El primer periodo está representado por el estado en que se encontraba dentro de la matriz materna. Durante este periodo, él y la madre viven normalmente en una *unidad somática*. El niño depende por completo del estado de la madre. Tal parece que esté altamente protegido contra trastornos y en consecuencia se encuentra, la mayor parte del tiempo, en un estado adecuado, ordenado. De otra manera, el desarrollo no sería posible.

¿Qué podemos decir acerca de la *experiencia interna* del feto? Por supuesto, no estamos en condiciones de decir nada definitivo acerca de esto. La observación de la primera sonrisa nos ha enseñado que inclusive el comportamiento ordenado muy tempranamente parece estar acompañado de una experiencia psíquica, la experiencia del bienestar que acompaña el estado de "adecuación". Creemos que no será demasiado atrevido atribuir inclusive a la *vida embrionaria algunas experiencias psíquicas*, algo relacionado con el sentimiento de bienestar en el "orden" y de ansiedad en el "desorden".

Mi afirmación me parece justificada principalmente por el hecho de que hace innecesario el supuesto de experiencias conscientes en el sentido propio de la palabra, de las que ciertamente no podemos suponer que existan en el embrión. Las experiencias pertenecen al grupo de fenómenos que podemos de-



signar como fenómenos de percepción, estados internos, de ánimo, sentimientos, etcétera, que no se originan en una etapa definida de desarrollo ni se relacionan con una actividad definida del organismo. Son *propiedades* características de *toda vida orgánica*, los fenómenos psíquicos pertenecientes a las diversas formas en que el organismo llega a un entendimiento con las diversas demandas a las que está expuesto. En la forma adecuada, ordenada de la vida orgánica, esto se ve acompañado del sentimiento de bienestar, y en la desordenada, de ansiedad, tanto si ocurre en el organismo maduro como en el feto.

Creo por mi parte que cualquier intento de separar el comportamiento objetivo de tales sentimientos es artificial, es una consecuencia de nuestro método de cognición como resultado de la aplicación del método de aislamiento de las ciencias naturales. No tratamos con dos acontecimientos relacionados secundariamente uno con otro en cualquier forma. Lo que así parece ser, es simplemente el resultado de los dos aspectos bajo los cuales el mismo fenómeno es considerado por el procedimiento metodológico especial. He de limitarme aquí a estos pocos comentarios acerca del problema psico-físico tan frecuentemente discutido. Para un examen más extenso de esta cuestión, me permito referir al lector a mi libro, *The Organism* (5).

El nacimiento cambia esencialmente la situación del niño. La unidad básica entre madre y niño se rompe. Inmediatamente después ocurren un comportamiento desordenado y catástrofes, enlazados probablemente con sentimientos de tensión y ansiedad. Pero, en la mayor parte de los casos, el niño normal no tarda en volver a un estado ordenado; duerme la mayor parte del tiempo, y cuando despierta no parece estar muy molesto. A partir de la aparición temprana de la sonrisa, podemos suponer que una nueva adecuación está en vía de gestación. Por una parte, esto es efecto de nuevas relaciones corporales entre madre e hijo, que se desarrollan específicamente a partir de las expresiones de cariño de la madre. Por otra parte, esto es efecto de diversos mecanismos innatos, los cuales son puestos en movimiento por los nuevos estímulos y ponen al organismo en condiciones de reaccionar adecuadamente frente a la situación peligrosa. A título de ejemplo, me referiré solamente al mecanismo de la respiración que es estimulado por la falta de oxígeno, tan indispensable para sobrevivir. Cada vez más, el niño entra en contacto adecuado con el mundo y va adquiriendo nuevas experiencias relacionadas con el medio ambiente. Nuestros conocimientos de las experiencias del niño en este periodo son muy deficientes y, con frecuencia, se basan en la sola especulación. Necesitamos con urgencia estudios más minuciosos. No obstante, no cabe duda de que las experiencias no representan un "mundo" alrededor del niño, en este periodo en que no existen ni un "ego" ni un "mundo exterior".

Todas las diversas sensaciones y actividades del niño se experimentan con los sentimientos de bienestar o de ansiedad, según correspondan a reacciones adecuadas o inadecuadas. Únicamente las primeras de ellas corresponden a la autorrealización y son adecuadas, por lo tanto, para *construir el "mundo" del niño*. Podrán ser acaso muy indefinidas y sin relación aún, para él, con "objetos" determinados de *nuestro* mundo, pero flotan en cierto modo, alrededor de las experiencias del mundo exterior que corresponden a acontecimientos diversos, a los que se reacciona adecuadamente, confiriéndoles cualidades dis-

tintivas características. Estos acontecimientos sobresalientes, que mediante la influencia de la memoria adquieren cierta estabilidad, se exteriorizan después en relación con objetos presentes en el "mundo" y separados del "ego".

En esta forma, el mundo del niño no sólo se va haciendo cada vez más amplio y diferenciado, sino que al propio tiempo *se restablece la unidad rota* a través de las nuevas condiciones mencionadas entre madre e hijo y, en mayor grado todavía, a través de la unidad espiritual que se desarrolla entre ambos en relación con las *experiencias comunes de bienestar en una misma situación del mundo exterior*. En esta primera etapa, el sentimiento de bienestar no se experimenta todavía como perteneciente al niño individual, porque semejante niño no existe todavía. *Corresponde*, antes bien, *al mundo experimentado*. Podríamos decir que el sentimiento de bienestar se relaciona con la *unidad niño-mundo* total y la refuerza cada vez más.

Con el desarrollo del niño en la segunda etapa —cuya característica más importante es el desarrollo de un ego y de un mundo objetivo separado del ego—, *esta unidad no se pierde*. Se mantiene como una *esfera* particular en la totalidad del ser humano. A menudo, esto se pasa por alto en el estudio de la estructura de la personalidad del individuo. En realidad, en nuestra cultura no se permite que esta esfera se manifieste en ningún grado considerable, porque interferiría con las tareas consideradas como importantes. La negación de esta esfera es en ocasiones tan amplia, que se tiene la impresión de que no juega en el comportamiento y en la existencia humanos papel alguno.

Sin embargo, esta impresión constituye ciertamente un error. Dicha *esfera* está siempre en el trasfondo de nuestras experiencias y actividades y se manifiesta particularmente *en todas aquellas condiciones en que la autorrealización sólo puede efectuarse habiendo una relación más inmediata con el mundo*, como en todas las actividades creadoras, o en todas las relaciones íntimas con otros, ya sean de amistad o de amor. Aquí, el comportamiento y la autorrealización adecuados sólo podemos conseguirlos entregándonos a esa *esfera*.

De la aparición temprana de la sonrisa podemos inferir que se está gestando entre el niño y su medio ambiente una nueva unidad, una nueva adecuación. Nos inclinamos, a partir de lo que dejamos dicho, a hablar de un *nuevo despertar* de la "unidad organismo-mundo" original.

Las variadas actividades que observamos en el niño en la primera etapa no se refieren todas en la misma forma a esta unidad. Podemos distinguir diversas formas de actividades en distintos acontecimientos del mundo exterior:

1) A algunos acontecimientos, el niño *no reacciona en absoluto*. Éstos son los acontecimientos para los cuales el organismo infantil no cuenta con un aparato adecuado de reacción, o bien, si lo tiene, éste no habrá madurado todavía al grado de que pueda ocurrir la reacción adecuada.

2) Por otra parte, el niño podrá reaccionar a estímulos inclusive inadecuados, si son *muy fuertes*. Se ve obligado a hacerlo, pero, en estas condiciones, no reacciona en forma normal y ordenada, sino más bien desordenada, en una forma que llamamos *catastrófica*. La autorrealización no puede desarrollarse a partir de las reacciones catastróficas. Éstas tienden a impedirla en mayor o menor grado.

3) El tercer grupo de *actividades* representa las realizaciones efectivas, que



tienen lugar cuando *puede reaccionarse al acontecimiento del mundo exterior en forma adecuada*, gracias a mecanismos innatos inherentes a la naturaleza del ser humano y más o menos maduros en una determinada etapa de desarrollo. La primera sonrisa pertenece a las reacciones en la esfera de la “unidad organismo-mundo”. Pero tiene lugar en la esfera objetiva, en el mundo del adulto. La primera sonrisa no sería posible si el niño no estuviera protegido contra los peligros que tienen su origen en nuestro mundo por el comportamiento del adulto, por la organización del mundo, de tal modo que la adecuación entre el niño y las demandas que le son puestas resulta posible. Solamente en tales condiciones puede comportarse el niño adecuadamente y *sonreír*.

El hecho de que el *sonreír* tenga lugar en *nuestro* mundo conferirá a los sentimientos de bienestar cierto colorido por medio de las sensaciones que dimanen de las situaciones o los objetos particulares en que ocurren la sonrisa y las experiencias motoras relacionadas con las reacciones del niño, que la acompañan. Por indefinidas que estas experiencias sean, flotan, con todo, en cierto modo, alrededor de la sonrisa en relación con diversos incidentes, y confieren a éstos, en consecuencia, características distintas. Estas experiencias se exteriorizan más adelante, cuando el *sonreír* tiene lugar en relación, objetivamente, con los mismos “objetos”, en el mundo “sujeto-objeto”.

En esta forma, llegamos al siguiente resultado: *el individuo vive siempre en dos esferas de experiencia*, jamás en una sola. Las experiencias se relacionan una con otra como la figura y el fondo. Lo que destaca *cual figura* depende del significado particular de una u otra de las experiencias con respecto al proceso de autorrealización del individuo en las condiciones dadas. Todas nuestras actividades —acciones, pensamientos, etcétera— empiezan con una organización del “mundo” por medio de la actitud abstracta, a través de la cual el organismo llega a una situación en que la tarea que ha de realizar puede ejecutarse de la mejor manera (7). Si mediante experimentación o por circunstancias externas extraordinarias los fenómenos pertenecientes a *una* de las esferas se hacen inadecuadamente preponderantes, se produce un comportamiento anómalo.

Desde este punto de vista, si consideramos el estado durante las dos etapas de desarrollo, llegamos al siguiente resultado: en la *primera etapa*, el niño es capaz de actuar en la “esfera organismo-mundo”, pero sólo puede hacerlo si el mundo está organizado por la *actitud abstracta del adulto*, lo que significa que, *en esta etapa, también, las dos esferas están en acción*. La diferencia entre la primera y la segunda etapa consiste simplemente en el hecho de que, en la primera, la organización mediante la actitud abstracta proviene de la “otra persona”, en tanto que, más adelante, es el individuo mismo el que organiza el mundo por medio de su actitud abstracta propia.

De hecho, la primera sonrisa no es un fenómeno tan simple, un simple mecanismo innato puesto en marcha por una configuración aislada del estímulo tal como la describimos inicialmente. Es, lo mismo que todo comportamiento orgánico, una actividad en un reino “organismo-ambiente”. Aquello que llamamos comportamiento infantil no es más que una parte artificialmente separada de una entidad que comprende, en nuestro caso, la unidad entre el niño y los seres humanos a su alrededor, especialmente la madre.

No me es posible entrar en este artículo en los detalles de la actitud específica de la dualidad de experiencia a la que aquí nos enfrentamos. Quisiera mencionar simplemente que estamos siempre en esta actitud, en mayor o menor grado, en todos nuestros contactos con el mundo; no sólo en nuestras relaciones personales, en las experiencias fisionómicas, artísticas y religiosas, sino también en nuestro reconocimiento de objetos, acontecimientos e inclusive en nuestra apreciación científica del mundo. En tal apreciación, la esfera de la “unidad organismo-mundo” se deja de lado deliberadamente, en tanto que en nuestras relaciones con personas y con los seres vivientes en general, en nuestras experiencias fisionómicas, artísticas y religiosas, figura en primer término.

Esto hemos de tenerlo en cuenta cuando valoramos los diversos reinos de experiencia en su significado para la existencia humana. Cabría decir mucho al respecto, especialmente a propósito del significado de las ciencias naturales para la existencia humana.

El concepto de las dos esferas en la experiencia individual, al que hemos llegado a través del análisis de la sonrisa del niño, nos ha conducido finalmente a algunas conclusiones relativas al problema, objeto de frecuente debate, de la *comprensión de la otra persona*. No tengo ni puedo tener el propósito de examinar aquí este problema en todos sus aspectos. Lo que me propongo, es mostrar simplemente lo que podemos aprender al respecto, de nuestras observaciones de la sonrisa del niño.

La primera sonrisa del niño a la madre se ha considerado a menudo como expresión de una especie de encuentro simpatizante entre el niño y otra persona. Sin embargo, *nuestro análisis del fenómeno no admite tal supuesto*. Por otra parte, hemos visto que parece haber un factor común —el sentimiento de bienestar en un estado de adecuación como punto de partida para la realización de la naturaleza del individuo— subyacente a la primera sonrisa y a la sonrisa en la segunda etapa del niño y en el adulto, y esto último representa, sin lugar a duda, una *comprensión de la “otra” persona*. A partir de este hecho, creo yo que podremos acercarnos más a la solución de este problema.

Antes de entrar en materia, quisiera hacer unos comentarios acerca del método que caracteriza nuestro esfuerzo. El punto de vista desde el cual consideramos los fenómenos observables es un punto de vista *biológico-antropológico*. En realidad, mi definición del término “biológico” difiere algo —cabría inclusive decir fundamentalmente— de lo que suele designarse como biológico. A este respecto, quisiera hacer referencia a mi libro, *The Organism*, en el que he examinado la diferencia entre mi punto de vista y el de la interpretación científico-natural corriente del comportamiento de los seres vivientes en general y del ser humano en particular.

Inútil decir que nuestro procedimiento representa también un análisis de datos empíricos. Cabría dudar si, con este punto de partida, puede efectivamente aportarse algo a la solución de este problema. Esto se ha considerado a menudo como la causa de las diversas interpretaciones poco satisfactorias del fenómeno. Desde el libro esclarecedor de Scheler, *Wesen und Formen der Sympathie*, estamos convencidos de que sólo podemos hacer justicia al problema por medio de una apreciación fenomenológico-ontológica. A este respecto hay que mencionar especialmente la obra de Heidegger, Binswanger,



Buytendijk, Guardini, Plessner, *et al.* Binswanger ha expresado esta opinión en su forma más categórica, al escribir: “Con la demostración de la conexión ontológica, Heidegger ha relegado al dominio de la historia bibliotecas enteras que tratan acerca del problema de la empatía, de la percepción del “otro” y, en general, de la constitución del yo ajeno, porque lo que éstas se proponían explicar y demostrar estaba siempre supuesto de antemano en sus explicaciones y demostraciones.”

No obstante, creo que estará permitido investigar si el análisis fenomenológico representa el único método adecuado de estudiar los fenómenos, y si el estudio biológico, tal como yo lo he desarrollado, puede o no contribuir en algo a la comprensión de los mismos o, cuando menos, establecer un puente entre los resultados de ambos procedimientos. Celebré por mi parte leer que Buytendijk había escrito (3, p. 438): “Sin duda, el ser-con, como ‘existencial’ del ser-en-el-mundo, es la *base ontológica* de toda posible comprensión, empatía e identificación, mas no debe pasarse por alto que existen también fenómenos como las percepciones, las sensaciones, los recuerdos, las imaginaciones, etcétera, y que es tarea de la psicología esclarecer su carácter en el ‘encuentro’...”

Y más adelante: “El análisis ontológico de la existencia (‘Dasein’) se perdería en la incertidumbre de las opiniones infundadas, es decir, intuitivas inmediatas —que se presentan subrepticamente como visión eidética de la esencia— si en las ciencias empíricas no volviera a encontrarse, siempre de nuevo, la evidencia *demonstrativa* de los hechos” (p. 438).

“El hecho precisamente, de que las experiencias psicológicas puedan aunarse para formar la unidad inteligible de un dominio sistemático del saber, sobre la base de una determinada comprensión del ser del individuo, constituye la única justificación legítima del acierto de tal comprensión.”

Con estas palabras, Buytendijk atribuye a la investigación empírica una importancia particular en relación con la interpretación completa del fenómeno de la comprensión del “otro”. Al añadir, además, que este concepto se basa en la observación de que: “no se da una facticidad carente totalmente de sentido (p. 439), de modo que el sentido no es proyectado por completo por el sujeto, sino que el proyecto se adapta a un sentido preexistente, objetivo”, esto concuerda por completo con mi punto de vista a propósito de la biología. Este concepto de la facticidad corresponde a lo que yo llamo *hechos biológicos*. Los “fenómenos” que observamos sólo adquieren el carácter de “datos”, esto es, el carácter apropiado para la comprensión del comportamiento orgánico, en la medida en que son *significativos* para la “existencia” del organismo, o bien, por lo que se refiere al individuo, para la existencia humana.

Afirmó mi elección del procedimiento el verificar que los datos a los que me refiero representan en cierto modo ilustraciones empíricas de resultados esenciales obtenidos mediante la comprensión ontológica. Un ejemplo de ello lo tenemos en el enunciado de Heidegger (10): “El mundo de la existencia es el mundo de sí con el próximo. El ser-en (ser en el mundo) es un ser-juntamente con otros.”

Otro ejemplo es la posición de Guardini (9): “La persona sólo tiene sentido si hay otros.” En mi opinión, estas observaciones ontológicas hallan su paralelo en los resultados de mis propios estudios que señalan que la “auto-

rrealización”, esto es, la *existencia humana, es únicamente posible en relación con la autorrealización del “otro”*.

Hicimos observar que en la primera etapa del desarrollo del niño, el sentimiento de bienestar no se experimenta como referido al niño solamente, sino antes bien, a la unidad madre-hijo. Ésta es la esfera en que entramos cuando encontramos a alguien con quien hemos convivido anteriormente en un mundo donde el mismo acontecimiento producía en ambas reacciones iguales y adecuadas, y donde el sentimiento correspondiente a esta adecuación ha surgido de la experiencia de autorrealización, de “existencia”. De las experiencias concomitantes relacionadas con los mismos acontecimientos externos se originan el sentimiento de adecuación mutua, el sentimiento de pertenecer el uno al otro, de unidad —en forma algo semejante a lo que el niño experimenta en la primera etapa.

Concomitantemente con la experiencia de identificación, el niño experimenta en la segunda etapa de desarrollo, una vez efectuada la separación de sujeto y objeto, la separación entre el yo y el “otro”. Esto ocurre asimismo en el encuentro del adulto, cuando ve que el “otro” sonríe o llora en relación con circunstancias explícitas del mundo exterior, o reacciona a ellas en alguna forma explícita. Porque en tal momento experimenta lo que tiene lugar en “el otro”, siente lo que siente el otro, lo que piensa, lo que denota, ya sea mediante un acto o una palabra. Pero, al propio tiempo, tiene conciencia de que hay otra persona *separada* de él, “otro”, que se encuentra en el mundo objetivo, del mismo modo que él. *Vive al propio tiempo en ambas esferas*. Y es capaz de experimentar esto a causa de la actitud abstracta, en la que no sólo se basa la separación entre sujeto y objeto, sino que permite también la posibilidad de pasar de una esfera a otra. Por consiguiente, el individuo vive en dos mundos correspondientes a las dos esferas. Se experimenta a sí mismo y experimenta al “otro” tanto separadamente como en unidad, cuando menos en la medida en que resulta afectado su mundo común. Y su propio sentimiento es experimentado por el “otro” o, más exactamente, en la “unidad él-ego”. Y si experimentamos que en el mundo objetivo él es otro, esto no debe afectarnos.

Ésta es la estructura del sonreír mutuo de dos amigos al encontrarse. Esta experiencia de un *mismo mundo adecuado es el supuesto previo de la comprensión del “otro”*, de todo nuestro conocimiento de lo que tiene lugar en el “otro”. Esto constituye el fundamento de la comprensión del lenguaje. Es la base de toda amistad, de todo amor, en los que reconocemos con sorpresa y asombro que lo que tiene lugar en el “otro” es idéntico con lo que tiene lugar en nosotros.

Logramos esta esfera de unidad en el “encuentro”, percibiendo al “otro”. Lo que la induce no es siempre la misma manifestación en el “otro”. Algunas veces podrá ser su personalidad conjunta, o alguno de sus aspectos particulares, como la sonrisa, o algún movimiento característico de la cabeza, de la mano, o el sonido de su voz, etcétera. También la situación conjunta en que lo encontramos podrá ser importante en cuanto a evocar la experiencia de *pertenecer juntos al mismo mundo en adecuación de uno con otro*.

Lo que hemos dicho acerca de la estructura de la comprensión del “otro” señala el *significado esencial que la unidad original de hijo y madre reviste*



en relación con el desarrollo del fenómeno del "encuentro" en el adulto. Quiéramos añadir que esto no es simplemente efecto de la experiencia de unidad, de la manifestación de adecuación y del sentimiento de bienestar, sino que se refiere, en última instancia, a la *experiencia de la posibilidad de realizarnos nosotros mismos*. Esto es lo que nos proporciona tanta *alegría* en el "encuentro". El hecho de que sea la experiencia de autorrealización la que es provocada por el "encuentro" explica que nos sintamos tan *profundamente desilusionados* cuando nos equivocamos, ya sea que el otro no era quien habíamos pensado, o que ha cambiado entretanto. Esta desilusión es tan profunda porque representa, en cierto modo, *una sacudida de nuestra propia existencia*.

La experiencia en el "encuentro" pone de manifiesto algo que es profundamente *característico de la naturaleza humana, a saber, que mi existencia está ligada a la autorrealización del "otro"*. La experiencia específica del "encuentro" sólo ocurre cuando la autorrealización del "otro" está asegurada, o parece estarlo, de acuerdo con la experiencia anterior.

Nuestro examen del fenómeno de la sonrisa nos ha conducido a la conclusión de que el individuo nunca puede realizarse a sí mismo a menos que esté asegurada la existencia del otro. Esto revela que, en última instancia, *la preocupación por la existencia del otro es una propiedad intrínseca de la naturaleza del hombre*, y que el individuo no puede ser comprendido en su específico carácter único entre todos los demás seres vivientes, sin la consideración de su *pertenecer uno al "otro"*. Esta relación no es simplemente un medio de apoyo mutuo en el difícil esfuerzo de vivir en el mundo. Es por este pertenecer de uno al otro, que *el hombre se hace hombre, y sólo en la medida en que logre esto, es hombre*. Esta realidad se manifiesta en la aparición de la *alegría* (fundamentalmente distinta del *placer*), que *se revela como experiencia característica de la existencia humana ya en la sonrisa del niño en su forma primitiva, y más adelante, de modo conspicuo, en el "encuentro" del adulto con otra persona*.

REFERENCIAS

1. Binswanger, L., *Grundformen und Erkenntnis menschlichen Daseins*, Zurich, 1942.
2. Bühler, C., "The Social Behavior of Children", *The Handbook of Social Psychology* (C. Murchison, Ed), Worchester, Mass.: Clark University Press, 1933.
3. Buytendijk, F. J. T., "Das erste Lächeln des Kindes", *Psyche*, Colección 11, Vol. 1.
4. Gessell, E., & Ilg, F., *Feeding Behavior in Infants*, Nueva York: Lippincott, 1937.
5. Goldstein, K., *The Organism: A Wholistic Approach to Biology*, Nueva York: American Book Corp., 1948.
6. ——— "On Emotions: Considerations from the organismic point of view", *Journal of Psychology*, 1951, 31, 37.
7. Goldstein, K., & Scheerer, M., "Abstract and Concrete Behavior", *Psychol. Monog.*, 1941, 53, 239.
8. Gregory, I. C., *The Nature of Laughing*, Londres, 1924.
9. Guardini, R., *Welt und Person*, Würzburg, 1939.
10. Heidegger, M., *Sein und Zeit*, Tübinga, 1939.
11. Kaila, E., *Die Reaktionen des Säuglings auf das menschliche Gesicht*. Universitatis Abonensis, 1932.
12. Norden, E., *Die Geburt des Kindes: Geschichte einer religiösen Idee*. Leipzig: Teubner, 1924.
13. Spitz, R., & Wolf, K. M., "The smiling response". *Genet. Psychol. Monog.*, 1946, 34, 57-125.

PSICOANÁLISIS DE LA HISTORIA DE JOSÉ

Armando Hinojosa *

LA HISTORIA de José, frecuentemente referida como de "José y sus hermanos" ha gozado por siglos de gran popularidad y constituido el prototipo de un héroe. El nombre de José siempre fue muy común y su historia se relata a los niños como ejemplo de la virtud, del buen vivir y del triunfo de estas cualidades sobre la maldad y la envidia.

José es un personaje de leyenda y su exactitud histórica carece de importancia, ya que el relato de su vida es tan acabado y completo que contiene todos los elementos necesarios para poder caracterizarlo y comprenderlo en su profundidad. El psicólogo puede ocuparse de su historia como representante de un tipo peculiar de carácter desarrollado en una situación conflictiva común y a la cual da una solución que ha sido aceptada como muy valiosa por casi todo mundo, siendo pocos los que han advertido la improductividad del carácter de José.

Resulta curioso que casi nadie haya advertido que José constituye en realidad un torvo personaje con muy desagradables defectos morales y un tipo de conducta aparentemente exitosa, pero que encubre un fracaso. Gracias a la intervención de José se produjo el cautiverio de los hebreos en Egipto, que se prolongó por más de cuatrocientos años. Fue necesario el surgimiento de un hombre de espíritu independiente y cualidades totalmente opuestas a las de José, para que fuera liberado. Moisés constituye la contrapartida de José. Éste representa un modelo del éxito personal y del ascenso en el poder económico en una forma que tiene semejanza con metas de vida muy comunes en la actualidad. José es un personaje que sigue repitiéndose, y resulta interesante tratar de desentrañar los elementos de su carácter.

La peculiaridad de las relaciones con su padre y sus hermanos marcaron toda su vida y determinaron su destino. A pesar de su triunfo y poderío finales, en un sentido profundo, la vida de José no constituye un éxito. Es la historia de un hombre frustrado y lleno de resentimiento y ambiciones que suplen las auténticas motivaciones de la vida. El éxito de José fue un éxito de apariencia y su esfuerzo, al igual que el de tantas personas, un desperdicio de energía destinado a proporcionar logros que encubriesen su profundo fracaso vital.

Leyendo su historia, resulta más fácil imaginar como más auténticamente felices a algunos de sus hermanos, tales como Rubén y Judá, que a él, aun cuando fueran sacudidos por más violentas pasiones y su vida careciera del brillante éxito de la de José. La personalidad de éste aparece mucho menos auténtica, muy contenida, falsa y reprimida en sus impulsos. La pasión fría, el cálculo interesado y la sumisión conveniente a cada situación dirigieron sus acciones. El centro de su psicología está constituido por una determinada relación con la autoridad y jamás fue el hombre independiente y autodeterminado que consiguió aparentar. Tal situación la encontramos ya descrita en el relato

* Med. Profesor de psiquiatría, U.N.A.M.

